

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE LITERATURA

LA ILUSTRACIÓN EUROPEA: EL RACIONALISMO DE LAS LETRAS EN EL SIGLO XVIII

Informe de Seminario de Grado La dimensión colonial de los relatos de viaje científicos del siglo XVIII: La Condamine y su *Breve relación de un viaje al interior de la América Meridional* para optar al Grado de Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica

Alumno:

Víctor Quiroga

Profesor Guía: Rolando Carrasco

Santiago, 2007

| | |
|---|-----------|
| INTRODUCCIÓN . . | 4 |
| CAPÍTULO I. LITERATURA DE VIAJES Y RELATOS DE VIAJE: DELIMITACIÓN DEL GÉNERO | 8 |
| .. | 8 |
| El viaje y el viajero: dimensiones y tipos . . | 8 |
| Los relatos de viaje en el siglo XVIII y en la tradición . . | 10 |
| Delimitación del Género . . | 13 |
| CAPITULO II. EL RELATO DE VIAJE COMO DOCUMENTO CIENTÍFICO: LA CONDAMINE . . | 18 |
| Antes de empezar: el relato de La Condamine . . | 18 |
| La Condamine y el lenguaje: el acto de nombrar . . | 19 |
| La visión del indígena . . | 24 |
| El comercio . . | 27 |
| CONCLUSIONES . . | 30 |
| BIBLIOGRAFÍA . . | 32 |

INTRODUCCIÓN

Hablar de libros de viaje hoy en día puede parecer anacrónico e insustancial. Los grandes descubrimientos ya no se encuentran en los relatos de viaje ni se expresan ni condensan en las aventuras de viajeros-escritores que, motivados por diferentes razones, se lanzaban a surcar los mares de un territorio hasta ese entonces desconocido. Puede parecer que los relatos de viaje no operan sino como documentos históricos de un pasado ya lejano que muy poco o nada tienen que ver con los grandes avances de la ciencia de nuestros días y con las inmensas naves que recorren, no ya los mares, sino la inmensidad del universo. Puede parecer que efectivamente el presente análisis abarque un objeto de estudio que tiene poca relación con lo que hoy somos, con los límites en los que nos movemos. Esto es lo que “puede parecer” en un primer momento. Pero, como ya es sabido y muchas veces repetido, para entender el presente vale la pena mirar de vez en cuando el pasado, pues muchas de las respuestas que buscamos están precisamente en aquellos lugares en los que no solemos mirar. Este estudio pretende ser una de las miradas hacia el pasado. Puede que en esas miradas encontremos retazos de lo que alguna vez fuimos, para llegar a entender, hoy, todo lo que somos.

Los relatos de viaje de los que el presente estudio se hace cargo están inmersos en un siglo prolijo en este género y que posee, asimismo, características y visiones que, según se verá, no están presentes en ninguno de los siglos anteriores. Me refiero por supuesto al siglo XVIII europeo. Dentro de la gran gama de posibilidades que el género me brinda para abordarlo como objeto de estudio, he decidido escoger una de las obras más representativas de la época: *Breve Relación de un viaje al interior de la América Meridional* (publicado por primera vez en 1745), escrito por el científico francés Carlos María de la Condamine. Ya notará el lector que el relato de viaje escogido para llevar a cabo esta investigación obedece a un muy especial tipo de relato: el científico. Dicho tipo de viaje se enmarca dentro de una tradición de relatos que viene desde antiguo.

El viaje es un elemento constituyente de muchas de nuestras manifestaciones culturales de todas las épocas. Luis Alburquerque (2006) enfatiza esto al señalar que toda gran obra literaria es, de alguna u otra forma, un relato de viaje. El viaje estructura gran parte de la construcción narrativa de las obras literarias de todas las épocas. Baste mencionar el poema de *Gilgamesh*, la *Odisea*, La *Eneida*, el *Quijote*, el *Ulises* de Joyce, entre otras, para comprender la estrecha relación que existe entre un género que Juan Villar (1995) ha llamado *paraliterario*, y las grandes obras universales de la literatura.

A pesar de lo anterior, la relación que existe entre los relatos de viaje científico y la literatura operan en otro nivel. Si bien el viaje como eje estructurante de un género que posee límites difusos, opera en un nivel “intrínseco” a la hora de estructurar el discurso, no es este eje el que precisamente nos llevará a la relación estrecha que existe entre el discurso científico presente en los relatos de viaje y el discurso presente en las obras literarias. Uno de los objetivos planteados es, efectivamente, determinar dicha relación y ver la forma en que el discurso literario se incorpora a un discurso que pretende ser objetivo y narración sólo de hechos. El mismo concepto “narración” nos enmarca en un problema que abordaré en el segundo capítulo, pero que presenta desde ya el elemento figurativo inherente a todo relato.

El fenómeno de los relatos de viaje en el siglo XVIII es complejo y posee más aristas de las que podemos abarcar en los límites que se nos presentan. Es un fenómeno editorial con una fuerte difusión a lo largo de todo el siglo. Como señala Juan Pimentel (2003), en el Siglo de las Luces se produce una suerte de segundo descubrimiento del Nuevo Mundo, dada la cantidad de avances técnicos en la navegación. La proliferación de los relatos de viaje en el siglo XVIII alcanza dimensiones que hasta ese entonces no se conocían. Quizás, como señala el mismo Pimentel, el éxito de este género radica “en cómo supo resumir y predicar los valores y las aspiraciones de la propia Ilustración” (216).

Lo cierto es que el fenómeno editorial de los relatos de viaje alcanza la categoría de un *best-seller* de la época. Estudiar el por qué de este fenómeno, no es objeto del presente estudio, pero vale la pena mencionarlo, en la medida en que podemos comprender que los relatos de viaje no son textos aislados, sino que son parte activa de nuestra historia cultural. Son un fenómeno que vale la pena estudiar, pues en ellos se centran muchas tensiones y problemas que con el tiempo irán siendo parte indiscutible de nuestra crítica literaria. Me interesará abordar el objeto de estudio a partir de dimensiones discursivas presentes en estos relatos que se relacionan con los objetivos y deseos de un siglo abundante en avances científicos y en afanes enciclopédicos para llegar a constituir un conocimiento que sea útil al desarrollo y progreso de toda la humanidad¹.

Una de las oposiciones básicas que se encuentra en la época es la diferencia entre el saber libresco y el saber empírico. Muchos de los alegatos que los viajeros ilustrados tienen, se concentran en la idea base de que el saber se da a partir de la lectura del gran “libro de la Naturaleza”, y no a partir de los libros de los antiguos. Una de las razones por las que el siglo XVIII es tan abundante en relatos de viaje, es precisamente ésta. No se desea ya seguir atribuyendo el conocimiento a los antepasados, sino que se pretende, por medio del criterio de *lo visto y lo vivido*, configurar un saber que se fundamente en la experiencia misma. Los viajeros se convierten así en los principales agentes de conocimiento. Es interesante lo que señala Pimentel al respecto cuando asegura que el género y los mismos viajeros no poseían una reputación muy respetable antes del siglo XVIII, puesto que se los consideraba mentirosos y exagerados a la hora de narrar lo *supuestamente* visto y vivido.

En el siglo XVIII se produce un giro total al respecto. Son esos mismos viajeros los que se lanzan a descubrir territorios, objetar teorías o comprobar hipótesis para el progreso de la ciencia. Y es que lo que ocurre en este siglo es que el explorador va, en algunos viajes, con un respaldo académico detrás, como es el caso de La Condamine que representa a la academia francesa, y se presenta como un viajero científico, un observador de la realidad, un recolector de datos que posteriormente servirán para configurar los nuevos escenarios descubiertos. El que viaja es el hombre de la Ilustración, el científico, el sujeto que somete todo al raciocinio y a la experimentación.

Por supuesto que, como toda generalización, lo que señalo es incompleto. El viajero científico no es el único que existe en el siglo XVIII, ni son éstos los únicos objetivos por los que se viaja. Por ende, dada esta generalización contextual, es importante señalar que en el marco en el que la presente tesina se desarrolla, es necesario dejar de lado algunos otros aspectos relacionados con el tema que pueden ser objeto de futuros estudios.

La hipótesis básica que desarrollo en las siguientes páginas tiene que ver con la identificación de ciertas relaciones que operan entre los objetivos planteados por los relatos de viaje científico, que son la base que estructura el género, y su representación narrativa.

¹ En cuanto a los múltiples avances técnicos que se realizan durante el siglo XVIII véase el estudio de Jean Pierre Clément (1993) citado al final de esta investigación.

La importancia de la observación, experimentación, los descubrimientos geográficos, etc., que dan cuenta de una determinada visión de mundo y que se concentran en los relatos de viaje científicos, específicamente aquí en el relato de La Condamine, cuando son puestos en relación con un mundo que no obedece a dichos fines y se los inserta en una narración, se produce un problema básico en la forma en que se representa esa nueva realidad. Existe una forma determinada, que escapa a los principios de objetividad planteados por los relatos científicos, en la que cada viajero asimila la realidad americana y que está dada tanto por la experiencia misma del sujeto viajero como por la matriz social de la que proviene.

Este primer problema encierra la pregunta por la representación y de cómo la nueva realidad, tanto en su geografía, en su naturaleza, en la cultura, adquiere una dimensión narrativo-discursiva con una validez científica. A partir de estos problemas es que planteo mi hipótesis: los relatos de viaje científicos, pese a ser documentos que presentan información válida y utilitaria para el desarrollo de las ciencias en general, avalan un orden colonial. Dicho orden se sustenta sobre tres características esenciales analizadas aquí en el relato de La Condamine: 1) La dimensión del lenguaje que apela, en primer lugar, a su uso, lo que conlleva a una ineludible dimensión literaria de los relatos científicos de la época y, en segundo lugar, al acto de nombrar la nueva realidad, 2) la visión que el científico francés entrega de los nativos amazónicos, cuya descripción es más emotiva que científica y 3) la visión de la naturaleza y sus fines comerciales. Es decir, a partir de estos tres puntos el relato científico adquiere dimensiones que escapan a la objetividad y rigurosidad específicas que se atribuía y se abre hacia otras perspectivas.

Por orden o dimensión colonial entiendo una forma específica de mirar lo y al otro. Dicha mirada se da “desde arriba”, como señala Margarita Pierini (1994). El otro pierde su calidad de sujeto al no ser válido como ser dialogante, cuya propia forma de vida es considerada inferior. Mi hipótesis, en este sentido, es que el relato de viaje escrito por La Condamine, que se inserta en los relatos científicos de la época que buscan representar la realidad objetivamente para ser un aporte al conocimiento universal, son también agentes de un orden colonial que se legitima por los tres puntos especificados anteriormente.

En el primer capítulo el problema principal será delimitar el campo o marco teórico sobre el que los análisis posteriores se configurarán. Se presenta, en primer lugar, el concepto “viaje” como eje estructurante de un género difuso. El concepto se aprecia en varias dimensiones, siendo sólo una de ellas la que operará como categoría pertinente en las futuras indagaciones: me refiero al viaje científico. De todas formas se articulan otros tipos de viaje que funcionan como soporte, y aportan un perspectivismo necesario y complementario. Se hace también referencia al viajero científico de la Ilustración. Asimismo se da una breve contextualización con respecto a los relatos de viaje anteriores al siglo XVIII para situarlos en una continuidad y tradición, logrando percibir la diferencia que posee este género en comparación a otras épocas. Luego de esto entraremos de lleno en el problema de la delimitación del género y de su caracterización por medio de diferentes conceptos teóricos como son *hibridez* y *fricción*.

A partir de los conceptos teóricos especificados en la sección anterior, en el capítulo II abordaré con mayor detención lo referente al texto *Breve Relación de un Viaje al Interior de la América Meridional* (1745) de Carlos María de la Condamine. Dichos conceptos serán utilitarios para desarrollar la hipótesis sobre la que se estructura el análisis: los relatos de viaje avalan un orden colonial por medio de la forma en que ocupan el lenguaje, la capacidad de nombrar, la visión del indígena y de la naturaleza y por su relación con el comercio. Es así que la intención de referencialidad directa que pretendía ser un estudio objetivo de la realidad, se ve mermada por el imaginario que el narrador viajero trae consigo. Además de

esto, los relatos de viaje ven imposibilitados sus objetivos de ser narración de hechos sin marcas de subjetividad por la estructura misma de la narración. Todo lo anterior se analizará de manera más detenida en los párrafos que siguen.

CAPÍTULO I. LITERATURA DE VIAJES Y RELATOS DE VIAJE: DELIMITACIÓN DEL GÉNERO

El viaje y el viajero: dimensiones y tipos

Si queremos hablar de libros de viaje, es necesario comenzar operativizando el concepto mismo que estructura al género. No cabe duda de que el “viaje” es en cierta medida un concepto que nos ha venido acompañando desde los inicios de la literatura. Podríamos decir, en un primer momento, que el “viaje” es el elemento más importante que configura la estructura de los relatos de viaje, y no solamente de éstos, sino que de prácticamente toda la literatura universal como se especifica en la introducción de este mismo trabajo. Por ende, hablar de que es el viaje el que estructura y en el cual se basa el género estudiado, nos instala desde ya en la ambigüedad, en la medida en que la estructura misma del género es parte integrante de obras que están fuera del mismo.

El problema se complejiza aún más cuando comprendemos que el viaje posee varias dimensiones. Para esta sección nos apoyaremos mayormente en el estudio de Axel Gasquet (2006) quien señala: “El viaje es un elemento omnipresente en todas las dimensiones del hombre: social, individual, existencial, psicológica o artística” (31). Al ser parte integrante de la forma en que hemos construido muchas de nuestras manifestaciones culturales, el viaje se comprende desde varias perspectivas. Gasquet da una incipiente comprensión de algunas de las dimensiones. Señala los llamados viajes de la imaginación que se encuentran presentes en la literatura, a partir de la invención de lugares imaginados, o el viaje entendido como metáfora, en donde se encuentra presente la idea del tránsito de la vida. También tenemos el viaje como alegoría del saber: es el traslado desde un principio de ignorancia para avanzar hacia un estado de conocimiento². Lo cierto es que cualquiera sea la dimensión en la que el viaje se inscribe, es necesario entender que la construcción narrativa opera con la estructura misma del viaje: el inicio, el desarrollo y el fin.

La estructura del viaje ha variado muy poco a lo largo de la historia (partida – tránsito – llegada), pero lo que ha variado han sido las motivaciones para llevarlo a cabo. Gasquet señala que el viaje moderno, a diferencia del viaje en la Antigüedad, cuya impronta más relevante era la necesidad, tiene que ver con una búsqueda por la libertad:

La historia de Occidente es la evolución de la necesidad al reino de la libertad. A través de dicha evolución discurre una nueva conciencia situada bajo el signo del placer: para el hombre moderno el viaje ya no es expresión de la necesidad; antes bien, por el contrario, el viaje hipostasia todos los deseos de autonomía, realización e identidad personal (35).

² Gasquet no señala estas dimensiones para establecer una tipología de los diferentes relatos en donde se expresan los diversos viajes. Las dimensiones que aquí se mencionan pueden operar al mismo tiempo en un mismo relato. Para los textos que presentan el viaje imaginario Gasquet señala a la literatura de ficción pura o la ciencia ficción. Para la dimensión del viaje como metáfora se refiere especialmente a los relatos en los que predomina el viaje como peregrinación.

Desde esta comprensión básica que caracteriza los viajes modernos, el autor procede a dar una tipología de los diversos viajes que existen a lo largo de toda la historia, sin circunscribirse a ningún siglo en específico. Él señala los siguientes tipos: a) Destierro o Exilio, b) Éxodo, c) Saqueo, d) Peregrinaje, e) Comercial, f) Descubrimiento, g) Emprendimiento geográfico o misión científica, h) Del viaje colonial a la justificación antropológica y etnográfica, i) Viaje ocioso y j) Turístico. De todos ellos el que nos interesará será, por supuesto, el que posee una relación estrecha con el siglo XVIII: el viaje de emprendimiento geográfico o misión científica. Para Gasquet la misión científica es “producto típico del Siglo de las Luces” (40). Destaca a Carlos María de la Condamine, autor de *Breve Relación de un Viaje al Interior de la América Meridional* (1745) quien realiza una expedición científica a tierras americanas para realizar la comprobación empírica de la perfecta esfericidad de la Tierra. La mencionada obra será el futuro objeto de estudio en el siguiente capítulo.

Otros tipos de viaje presentes en el siglo XVIII son también los viajes coloniales y su posterior justificación antropológica y etnográfica. Este tipo se inscribe con posterioridad a los viajes de descubrimiento y de conquista, puesto que la figura del colonizador se comprende como alguien que, ya forjada la conquista de América, explica Gasquet, sólo va a revisar sus tierras y a su “rebaño”. El mismo científico que viaja a tierras conquistadas es muchas veces un enviado de las sociedades comerciales, haciendo patente la actitud colonizadora³. El científico como viajero es un personaje típico del siglo XVIII.

El viajero ilustrado va en exploración para dar cuenta de la realidad a la que se enfrenta, de forma tal que pueda organizar, a partir del viaje hecho empíricamente por él, un saber de carácter enciclopédico que abarque la mayor cantidad de información y datos encontrados. El viajero va, por lo general, apoyado por alguna sociedad comercial o por alguna academia científica o misionera. Pero como Marie Noëlle Bourguet (1995) señala, es necesario comprender que toda exploración, desde el Renacimiento en adelante, va acompañada de la palabra “conquista”. Ambas actividades van de la mano y el siglo XVIII no es la excepción, pese a los relatos científicos característicos de la época.

El explorador científico no es un colonizador propiamente tal, sino más bien cumple una *función* colonizadora que se concretiza en los relatos. La ciencia en este sentido presenta una doble perspectiva: por un lado propicia el desarrollo del conocimiento, pero por otro, éste debe ser utilitario para la expansión del comercio⁴. El viajero científico se erige así como el fundamento del conocimiento verdadero con respecto a las cosas, puesto que él estuvo ahí y vio todo aquello que narra. La sola autoridad de lo visto y lo vivido es suficiente para dar fidelidad a lo que el científico está describiendo. Uno de los problemas que surge con esto, y que analizo en el segundo capítulo, es qué tan cierto puede ser este traspaso de conocimiento. Existe una distancia entre la asimilación o recepción del saber por parte del científico viajero y su transmisión y narrativización para el público lector. De esto hablaremos más en las páginas que siguen.

Con respecto a la estructura del viaje en sí, nos encontramos con una comprensión básica que los rige a todos: partida, tránsito y regreso. La partida se vincula con la búsqueda *trascendente e imposible* del viajero. Lo más característico de ella, es que el viajero escapa de una *matriz social* determinada en la que éste ha crecido y a partir de la cual configura su mundo. “La partida no sólo destituye al individuo de su pertenencia social, sino que además instituye la existencia del cuerpo móvil, nómada” (Gasquet 46). Es así que el viaje

³ Esta “actitud colonizadora” será la hipótesis que desarrollaré a lo largo del Capítulo II.

⁴ Éste aspecto lo desarrollo más adelante.

se configura como un elemento de libertad individual, de desarraigo de la matriz social del individuo y promesa futura de instauración en otro orden, en que exista o pueda realizarse la comunicación con el *otro*.

Gasquet señala igualmente que en la base, el viaje presenta un carácter doble de egoísta y de altruista que proviene de los viajes medievales, pero que se sustenta y permanece en los viajes posteriores de descubrimiento. El altruismo se daría, por ejemplo, desde la mirada europea, en llevar la civilización, o lo que entienden por ella, a los pueblos salvajes. El carácter egoísta, por su parte, se daría, en este mismo contexto, en el deseo de enriquecerse y de aumentar las relaciones y territorios comerciales en las nuevas tierras.

Por otro lado, el tránsito es, para el autor, una de las partes más tediosas de los libros de viajes, puesto que el traslado de los personajes suele narrarse en pocas líneas. Es el tiempo de la movilidad del viajero. Es una sección inevitable, porque aporta cierta veracidad en el relato, pero que no ha sido muy valorada. Este proceso de viajar siempre se vio, asimismo, como una forma de agudizar la inteligencia y lo que varió con el tiempo fue el sujeto que realizaba este viaje, pasando de ser un filósofo errante en la Antigüedad, al viajero humanista y de ahí al viajero científico.

Y, por último, tenemos la llegada. Lo que es relevante en este punto es la conciencia de que jamás se llega al mismo sitio del que se salió, porque todo cambia: la mirada del viajero a partir de sus experiencias, así como el lugar de partida. “El expatriado, el forastero, el extranjero, el extraño, lo seguirá siendo en gran medida una vez que regrese a su patria o su hogar” (Gasquet 57). Es por medio de la experiencia del viaje que se produce un fenómeno de transformación en el viajero, que cambia su forma de relacionarse con el lugar del que provino.

Este esquema básico es el que posee el viaje. Algo que es interesante hacer notar, es el hecho de que la literatura de viajes como sistema antecede al viaje mismo, siendo primero imaginado y luego realizado. Amirou señala esta idea reveladora:

‘El viaje es primero imaginado’, afirma Amirou, ‘nadie partió nunca para descubrir lo desconocido absoluto. Incluso Cristóbal Colón creía dirigirse hacia las Indias. Cuanto más aventurado el viaje, más grande es el trabajo de imaginación realizado antes de la partida: más que descubrimiento, el viaje es la prolongación de un sueño, la promesa de cambiar literariamente el mundo, la promesa de volver a nacer’ (Gasquet 60-61).

Toda esta descripción del viaje tiene por objetivo comprender la forma en que se ha entendido, los tipos de viajes que existen y cómo se ha introducido en los relatos que aquí nos convocan. Lo que me interesará para efectos del presente estudio es sólo un tipo de viaje: el viaje científico del siglo XVIII.

Los relatos de viaje en el siglo XVIII y en la tradición

Inscribir los relatos de viaje en una tradición es el objetivo del presente apartado. Para ello no haremos una suerte de historiografía que comience desde los inicios del género, que por lo demás aún no está delimitado, sino que mi intención es situarnos contextualmente para comprender la forma en que los relatos de viaje han variado y determinar algunas de las características esenciales que éstos poseen en el siglo XVIII.

Desde la Edad Media, con los viajes de un Marco Polo (1271), de un Mandeville (1322) o de un Ibn Battuta (1325)⁵, se construye un tipo de discurso que da cuenta de realidades ajenas y lejanas y, muchas veces en estos autores, maravillosas. Este componente forma parte integrante de las narraciones que los tres autores mencionados configuran⁶. Dicho elemento se inscribe dentro de la caracterización de un mundo increíble y lejano, pero estrecho, en el sentido de que el futuro Nuevo Mundo aún no había sido descubierto y, por ende, los límites del globo terrestre aún no se habían expandido. Desde el descubrimiento de América en adelante, con el inicio de la primera modernidad, comienzan las relaciones de viaje que dan cuenta de los nuevos descubrimientos geográficos. Los viajeros se lanzan por los mares y territorios para descubrir, nombrar y apropiarse de las nuevas tierras descubiertas.

Son muchas las relaciones de viaje que comienzan a dar cuenta de la nueva realidad, tratando de describir o de comenzar a formular el criterio que ya se comienza a erigir con más fuerza: *lo visto y lo vivido*. Por mencionar algunos, el texto de Antonio de Pigafetta, quien acompañara a Magallanes en su circunnavegación alrededor del mundo (1519-1522), o el texto de Ordóñez de Ceballos, quien no poseía una fama muy auspiciosa con respecto a la veracidad de sus declaraciones, son algunos ejemplos anteriores al siglo XVIII. Por su parte en el mismo siglo nos encontramos con textos como el de John Byron o los viajes de Cook o de Louis Antoine de Bougainville⁷, que forman parte de una serie de relaciones de viaje y viajes reales, que se configuran a partir del nuevo continente descubierto o de tierras inexploradas.

Estos documentos, entre otros, que narraban las aventuras vividas por los mismos viajeros, no estaban exentos de exageraciones ni de mentiras. Juan Pimentel (2003) trabaja durante todo el primer capítulo de su obra la reputación malograda que los viajeros poseían hasta antes del siglo XVIII. Los relatos anteriores no se los consideraba desde ninguna perspectiva, según Pimentel, como confiables en su veracidad al relatar el mundo⁸. Si la fama de este género estaba tan malograda, ¿Cuál es el tránsito que se produce a partir de 1700 para que estos libros “mentirosos” tuviesen un estatuto científico? ¿Cómo es posible que aquellos mismos libros que relataban sólo mentiras, pasasen a ser fuente de conocimiento?

⁵ Las fechas que aquí se incluyen son las que corresponden al año de inicio de los viajes de cada uno de los exploradores. Las referencias que corresponden a los textos en español ocupados para esta tesina se encuentran indicados en la bibliografía correspondiente.

⁶ Si se desea obtener mayor información con respecto a los componentes maravillosos presentes en los tres autores mencionados, véase: Vladimir Acosta. “Lo maravilloso en los más grandes relatos de viajes medievales: *La descripción del Mundo* de Marco Polo, la *Rhila* de Ibn Batuta y los *Viajes* de John de Mandeville”. *Viajeros y maravillas*. Tomo III. Caracas: Monte Ávila Editores, 1993. 165-254.

⁷ Todos los relatos y viajes de los autores mencionados en este párrafo pueden encontrarse en: AA. VV.: *Viajes y viajeros. América en los grandes viajes*. (Edición con estudio y notas de los textos de Pigafetta, Ordoñez de Ceballos, Byron, Cook, Bouganville y Villaamil). Tomo I. Madrid: Aguilar, 1957.

⁸ Soy consciente del problema que eso conlleva: la recepción. ¿Cómo recibía el público en general estas obras? ¿Cómo las leían? ¿Desde qué perspectivas se comprendían? Estas preguntas encierran problemas que no son objeto del presente estudio y escapan a los límites necesariamente impuestos del siglo XVIII. Las menciono solamente para entregar una arista más del objeto de estudio.

La ciencia comienza su desarrollo más acucioso a partir del siglo XVII. La fundación de la Royal Society en 1660⁹ marca una pauta con respecto a la formación científica que incipientemente Europa comienza a mostrar. Antes que Inglaterra, Francia ya poseía su propia academia fundada en 1635. Las academias no son nuevas, pero no se produce como en los siglos XVII y XVIII una proliferación tan notoria. Vincenzo Ferrone (1995) señala al respecto que “En las academias, el hombre de ciencia inició la larga marcha que debía conducirlo a identificar como profesión la investigación científica” (200). El científico correspondía a un nuevo tipo de intelectual que frente a la teología revelada, fundaba su saber en la experiencia y la lectura directa de la Naturaleza. Los relatos de viaje adquieren así un estatuto de oficialidad como no se había visto hasta la fecha. Ningún otro género le pudo brindar a los hombres ilustrados tantas utilidades como lo hicieron los libros de viaje, sobre todo en la visión del conocimiento como experiencia.

Desde esta perspectiva los libros de viaje como fuente de saber adquieren el estatuto de verdaderos, de ser fuente fidedigna de conocimiento con respecto al mundo. Y a pesar de que los mitos no dejan de estar presentes en los relatos sobre América (el mito de las Amazonas, el Dorado, etc.) comienzan a ser vistos bajo la luz de otra mirada: la del científico, que si bien no desmiente, tampoco asevera si es que no posee una prueba empírica de dichos mitos.

Lo cierto es que el paso que se produjo con respecto a la nueva recepción de estos relatos en Europa nos introduce de lleno en la especificidad del género, en la medida en que, como señala Pimentel, ningún otro facilitaba de la forma en que lo hacían los relatos de viaje, la tarea de difundir el conocimiento a todas las esferas de la sociedad y ningún otro género permitía, estructuralmente, apoyar el criterio de lo visto y lo vivido, que es la base sobre la que el saber ilustrado se sustenta. Esta suerte de reformulación del género viene siendo apoyada igualmente por los viajeros que, gracias al apoyo de alguna sociedad científica, viajan para descubrir el mundo. Las Academias son un claro ejemplo de ello. El mismo Carlos María de la Condamine representa a una de ellas: la Academia Francesa. Con el auspicio de éstas se aspiraba a fomentar nuevas teorías o simplemente la comprobación de las antiguas.

Es interesante observar el desarrollo de las academias y su vinculación con el Estado o poder. Muchos monarcas, como señala Jean Pierre Clément (1993), ayudan a la formación de éstas, tanto por el prestigio como por razones de conveniencia. La vinculación que poseen abre de lleno el debate acerca del científico como agente neo-colonial en la época, aunque sea la ciencia la razón primordial por la que se realiza el viaje. Muchos son los príncipes que interesados en el conocimiento en muchas esferas, auspician y financian la formación de academias. Los científicos son parte del poder institucional y se ligan fuertemente con él: “El siglo XVIII vio a los demás príncipes europeos fomentar a su vez el progreso científico y controlarlo al mismo tiempo, favoreciendo la creación de sociedad sabias” (Clément 31). La relación con el poder por parte de las academias científicas refiere mucho a lo que será el análisis de la obra de La Condamine que precisamente pertenece a una de éstas.

Los tipos de academias que se forman, que dan mayor importancia a las ciencias aplicadas, llevan claramente a una conclusión inevitable señalada por Clément: “Es evidente: el siglo XVIII es utilitarista” (30). Los relatos de viaje tienen claramente esta

⁹ Tanto Vincenzo Ferrone (1995) como Juan Pimentel dan como fecha de nacimiento de la Royal Society la aquí indicada. Jean Pierre Clément (1993) da como fecha de inicio 1660. Hago aquí solamente constatación del hecho. Me parece de todas formas que la fecha, consultando otras fuentes, es efectivamente 1660.

connotación: ser útiles al progreso de las ciencias. El relato de viaje del siglo XVIII, entre otras muchas manifestaciones, presenta el narrador observador, atento y escrutador. No le interesa retratar la realidad sin un objetivo. En este siglo se produce la configuración de un saber taxonómico de la nueva realidad. Este afán enciclopédico que tan bien define el espíritu ilustrado, puede plasmarse muy bien en los relatos de viaje. Todos querían saber hasta el más mínimo detalle de la expedición, tanto los expertos como el público en general, que “consume” este producto típico del siglo XVIII.

Delimitación del Género

El objetivo de esta sección será delimitar el género propiamente tal. Para ello me centraré en los estudios de críticos y estudiosos del tema que señalaré pertinentemente, a medida que vaya avanzando en el análisis.

El *sujeto* que nos interesa es el *yo* de la Ilustración, y cómo ese *yo* configura un discurso que se debate entre dos polos bastante claros: la ficción y la realidad. Juan Villar (1995) menciona con respecto al *yo* ilustrado que éste “actúa de una forma más objetiva y pudorosa, va hacia las cosas, las busca y pasa por ellas, aunque sin querer implicarse. Es un *yo* observador y selectivo, con pocos guiños y parpadeos a la emotividad” (29). Este *yo* es parte integrante de aquello que llamamos literatura de viajes o relato de viajes, junto con, siguiendo a Villar, el tratamiento particular de la espacialidad. Estas características puntuales nos van adentrando poco a poco en la delimitación de un género que ha sido calificado como *híbrido*, pues en él confluyen una serie de subgéneros que Beatriz Colombi (2006), ocupando la terminología de Bajtin, nombra “géneros discursivos menores”, aspecto que desarrollaré más adelante.

Es importante clarificar de partida a lo que nos estamos refiriendo cuando hablamos de “literatura” de viajes y a lo que nos referimos cuando hablamos de “libros” de viajes. Esta es una distinción básica a la hora de abordar un marco teórico conceptual con respecto al género. Para dar sólo una idea de lo amplio que resulta este concepto y de lo ambiguo de sus límites, baste mencionar lo que señala LuisAlburquerque (2006) para el cual: “todas las grandes obras de la literatura universal son, de una manera u otra, ‘libros de viajes’: La *Odisea*, La *Eneida*, La *Divina Comedia*, El *Quijote*, El *Lazarillo*, El *Ulises* de Joyce...” (69). El viaje como concepto es parte de todas estas grandes obras universales, las que se estructuran a partir de ese tópico, motivo o estructura y, sin embargo, nadie diría que estos textos son libros de viajes.

Al parecer, *el* viaje que muestran estas obras es un concepto distinto a *los* viajes que se presentan en los libros que calificamos como propios del género. Hay ciertos elementos que los diferencian y que permiten delimitar de una forma más acabada, aunque no definitiva, el género que aquí nos convoca. Deseo aclarar, de todas formas, que lo que se intenta aquí es delimitar un género que, en un primer momento, no debe entenderse como exclusivo del siglo XVIII, y, por ende, en algunos momentos debo recurrir a generalizaciones que escapan al contexto exclusivo del Siglo de las Luces. De todas formas toda digresión será consecuente con el objeto de estudio. Vamos a ello.

Para Margarita Pierini (1994) los libros de viajes en el siglo XVIII prescinden de un carácter ficcional, puesto que el objetivo básico de la Ilustración en general era conocer. Los viajeros de la época, señala, confrontarán su experiencia con el saber libresco de los filósofos, cuyos fundamentos son meramente teóricos, sin una experiencia empírica de

aquello que promulgan. Esto nos indica que los libros de viajes buscaban un conocimiento universal cuya base literaria y retórica quedaba un tanto mermada, puesto que los objetivos son otros. Al parecer Pierini no hace distinciones muy acabadas con respecto a la diferenciación fundamental para nosotros entre aquellos viajes que son de ficción y cuyo objetivo (si es que tienen alguno) es a todas luces distinto a conocer, y que pertenecen al ámbito de la literatura universal. Sí asegura, por supuesto, que el siglo XVIII es clave para la “*historia de los viajes*”, y es desde aquí que sustenta su estudio:

Gracias a los adelantos en materia de instrumental científico y de construcciones navieras se viaja con mayor frecuencia, con mayor seguridad. (...) La filosofía de la Ilustración marca con su impronta el espíritu de los viajeros. El viaje tiene ahora, fundamentalmente, un objetivo científico. En ese objetivo científico se engloba la búsqueda de una serie de conocimientos universales: la geografía, la arqueología, la historia, las costumbres (166).

Si bien es cierto que la autora no hace una clara distinción entre literatura de viajes y libros de viaje, identifica al menos dos tópicos permanentes en los relatos de viaje. El primero de ellos es que “debe subrayar lo nuevo, lo inédito, el elemento de la aventura, lo pintoresco. El lector espera que se desplieguen ante sus ojos las novedades, los portentos, las extrañezas de las tierras desconocidas” (174). El segundo tópico se refiere a los lectores y de cómo ellos afectan el discurso presentado, argumentando que en cierta medida, debido a que los lectores de los libros de viajes son los mismos lectores de novelas, debe haber una adecuación por parte del escritor de relatos de viaje a algunos de los requisitos con los que se construye la novela.

Para la autora es claro desde un principio que los componentes ficcionales, pertenecientes al mundo de las novelas (sean de viaje o cualquier otro tipo) no son parte del género denominado relatos de viaje. Sin embargo, advierte claramente que la ficción presente en la literatura de viajes se entremezcla con la realidad que se presenta en los libros de viaje, pues en estos últimos advierte luego que “la realidad será presentada a veces siguiendo los parámetros con que se crea la ficción” (175). Si se aprecia el primer tópico, nos daremos cuenta de la similitud que existe al momento de iniciar la lectura de cualquier novela, sea que esté presente el motivo del viaje como no, por lo que la distinción no es tan nítida.

En el segundo tópico nos situamos ya en la correspondencia y difícil delimitación del género, puesto que los lectores son los mismos. Lo que podemos deducir aquí es que la principal característica diferenciadora entre literatura y relato de viajes es que el yo que se presenta en la primera tiene unas características distintas al que encontramos en el segundo. El viajero del XVIII “no se considera a sí mismo como objeto de interés; la atención del lector estará volcada por completo, se supone, hacia el aspecto informativo, científico, del viaje” (177). Esto no existe en los relatos de ficción, puesto que habría al parecer un carácter más autobiográfico.

Beatriz Colombi (2006) por su parte nos introduce en el ámbito discursivo de la dimensión del viaje y detalla ciertas características que nos permiten clarificar el género. Siguiendo la terminología que propone Bajtín, Colombi señala que el viaje puede ser considerado un género discursivo secundario o ideológico en el que nos encontramos con géneros discursivos menores o primarios (guías, mapas, cartas, tablas, itinerarios, cronologías, instructivos, descripciones, dibujos). Todas estas formas primarias, señala, tienen la función de aumentar la “propiedad documental” del relato.

Lo que señala con énfasis es que existen, en todo discurso que refiera un viaje, dos procedimientos básicos: la descripción y la digresión:

La descripción, como explica Philippe Hamon, está estrechamente relacionada con la mimesis y produce el efecto referencial del relato. (...). La digresión, por su parte, resulta un componente primordial ya que es usual la intercalación de argumentaciones que interrumpen, al igual que la descripción, el flujo de la narración, hecho previsto inclusive por las preceptivas del viaje (21).

Estos dos procedimientos básicos son esenciales a la hora de hablar de relatos de viajes, sin embargo no son definitivos cuando se quiere hacer una delimitación más acabada del género.

En lo que coincide con Pierini es que el carácter autobiográfico del relato es reducido, puesto que lo que más interesa es la información, y que esa información sea veraz, en el sentido de fiable¹⁰. La búsqueda de la verosimilitud es esencial en estos relatos y se da en la medida en que el narrador: “no puede ingresar indiscriminadamente en el pensamiento de cualquier personaje representado” (34), porque esto rompe con la “fiabilidad” del mundo que se representa. El narrador de estos relatos está lejos de querer construir un *ethos* personal como, asegura, es el caso de un autógrafa.

Por último, hay un pacto básico en todo relato de viajes: el narrador, autor y personaje son uno y el mismo. El sujeto del enunciado es el mismo que el sujeto de la enunciación. Este “pacto autobiográfico” es esencial del género, y no sé da por lo general en ninguna obra literaria *ficcional*, aunque sea de viajes. Y aunque a veces el narrador nos haga confundirnos, haciéndonos creer que autor, narrador y personaje coinciden, sabemos que no es así en la realidad.

Juan Villar (1995) resalta de manera más determinante la diferenciación que hasta aquí hemos realizado entre literatura y libros de viaje. Para el autor los libros de viaje no son propiamente lo que llamamos literatura, sino que “son un género peculiar y fronterizo que encaja perfectamente en ese sistema o subsistema que se ha dado en llamar paraliteratura” (17).

Lo que diferencia ambos géneros, por llamarlos de alguna forma, no es tanto el carácter estético o literario que ambos presentan, sino que es básicamente por una cuestión de intencionalidad y función. El viaje narrado en los libros de viaje tendría una utilidad y cumpliría una función que al parecer no cumplen ni tienen los textos que se enmarcan dentro del canon literario tradicional. Esta intencionalidad a la que se refiere Villar hace referencia al concepto de “negocio”, puesto que de la lectura de estos textos paraliterarios se desea extraer un beneficio, una información que no es meramente placentera, como es el caso de los relatos científicos dieciochescos.

Junto con esta característica esencial, Villar comprende una serie de otros elementos para distinguir al género. Señala que se requiere, en aquello que se narra, la experiencia directa, es decir, que haya sido vivido por el narrador y que es, por ende, real. Otra característica esencial es su carácter de caducidad, es decir, que la información que pretende ser relevante en una época deja de serlo en otra, y por ende, desde un valor informativo del texto se pasa a un valor histórico del mismo, pasa a ser un documento histórico.

¹⁰ La disminución del carácter autobiográfico y, por ende, subjetivo, es algo que coloco en duda en los análisis que presento en el Capítulo II.

Por otra parte, para Villar “en los libros de viajes interviene un fuerte componente de verdad necesaria frente a la veracidad o no del viaje de ficción” (23-24). Este fuerte componente de verdad es fundamental a la hora de comprender nuestros límites. Es así que también nos encontramos con muchas disciplinas: geografía, historia y botánica, entre otras, que confluyen en este género híbrido para dar un mayor soporte de veracidad a aquello que se está relatando.

Posteriormente, Villar distingue una serie de funciones presentes en los libros de viajes, entre las que destaca dos que son básicas: la informativa y la poética. Esta última, asegura, no se encuentra de manera tan evidente, pero es, a mi juicio, necesaria, si se quiere hacer del relato algo más que una simple enumeración ordenada de datos.

Para Villar son dos las características esenciales de los relatos de viaje: la presencia del yo y el tratamiento del espacio. Esa presencia del yo se divide a su vez en: aquellos sujetos que buscan, y aquellos que encuentran. Cada uno de estos sujetos, según el autor, se da en distintas épocas, siendo el primero característico de un momento preilustrado, y el segundo de un momento postilustrado, cuyo punto culminante está en el siglo XIX. El primero actúa de manera más objetiva, mientras que el segundo posee rasgos más autobiográficos. Esto tiene sentido si lo comparamos con lo dicho por Pierini con respecto al viajero del siglo XVIII.

Por último, la dinámica espacial “va a jugar en todo momento con la oposición y el contraste como elementos significativos del proceso narrado” (30). Para Villar la diferencia entre las novelas (género literario por excelencia) y los libros de viajes se da también por el tratamiento de los espacios, argumentando que las primeras presentan una sincronía paradigmática, en que un mismo espacio sufre variaciones temporales, pero los segundos presentan una espacialidad sintagmática, en que se transita por diversos lugares.

Como señalaba más arriba, para Luis Albuquerque (2006), de alguna manera, todas las grandes obras de la literatura universal tienen como motivo el viaje, y pueden considerarse, por ende, libros de viaje. La diferencia radicaría en el hecho de que los textos de viaje privilegian dos funciones: la representativa y la poética, como argumentaba similarmente Villar. Albuquerque señala que, “Por un lado, son libros de carácter documental, cuyas referencias geográficas, históricas y culturales envuelven de tal manera el texto que determinan y condicionan su interpretación; pero a la vez, su carga literaria es indiscutible” (70). El autor asume que se produce una conjunción entre la función informativa (podríamos decir científica) y una dimensión literaria de los relatos.

Albuquerque resume en una sola frase lo que hasta este momento nos ha ocupado: “Si bien todo ‘libro de viajes’ se enmarca dentro del ámbito general de la ‘literatura de viajes’; evidentemente, no toda ‘literatura de viajes’ se puede considerar con propiedad un ‘relato de viajes’” (71). Las características que sustentan esta afirmación es lo que hasta este momento, con la revisión de cada uno de los autores estudiados estoy intentando hacer.

Es claro que muchas de las obras literarias poseen el motivo del viaje sin ser por ello consideradas dentro de este sub-género por parafrasear a Villar. Albuquerque tiene claro esto y argumenta que el problema real no es la distinción que hemos realizado hasta el momento, sino la distinción entre los libros de viaje y géneros como la biografía o la crónica, puesto que en estos últimos como en el primero, se distinguen claramente las dos funciones que el autor aludía como base para los libros de viaje. Para nosotros el problema es el mismo: delimitar el género.

Ahora bien, hay ciertos elementos formales de los textos de viaje que Albuquerque distingue. En estos textos la narración se subordina a la función descriptiva, la que posee tres características: observación, reflexión y expresión adecuada. Todo esto está

subordinado a la descripción como elemento discursivo. Esto significa una clara distinción en el procedimiento de narrar que tienen los libros de viajes a diferencia de las novelas.

Por otra parte, la bidireccionalidad e intertextualidad que presenta este género lo caracterizan de manera aún más precisa. Bidireccionalidad quiere decir que los narradores presentan una doble perspectiva al dar, primero, información con respecto al lugar visitado y a la vez entregar los prejuicios y valores culturales del visitante. Intertextual, por su parte, porque presenta una serie de otros textos (guías, crónicas, biografías, relatos de aventura, etc.) que se encuentran dentro de este tipo de textos. Esto es lo que podríamos llamar, siguiendo a Beatriz Colombi, géneros primarios.

Para finalizar esta sección, debemos concluir con un concepto que es esencial a la hora de delimitar este género y que especifica aún más su carácter híbrido, me refiero al concepto introducido por Ottmar Ette (2001). Los relatos de viaje para el autor serían un *género friccional*. Este concepto no alude a la idea de incorporar diferentes discursos en uno sólo, como es el caso de *hibridez*, sino que hace referencia al nivel representativo de los textos, puesto que trabaja con los polos de elementos no-ficcionales, por un lado, y la ficción, por el otro. Es así que lo que caracteriza a este género por excelencia, según Ette, es la relación tensional que existe entre presentar los hechos de modo verdadero o presentarlos sólo para que aparezcan verosímiles. Esta es una tensión permanente que en el siguiente capítulo se profundizará más a la hora de examinar el género desde la imposibilidad de escapar a la subjetividad, como era la intención del relato científico. El autor señala:

A diferencia de lo que ocurre con la novela, el relato de viajes constituye una forma híbrida por los géneros que recoge, su variedad de discursos y su propiedad de acercar la ficción y la dicción. El relato de viajes lima las aristas entre los dos ámbitos: se encuentra en una zona literaria que podemos definir como literatura friccional (19).

Lo que señala Ette aquí es precisamente el problema básico que nos impide clarificar de manera acabada los límites del género. Por un lado la representación de la realidad y, por otro, la incorporación de elementos que escapan a esa realidad.

Ahora bien, teniendo claro el ámbito en el que nos movemos y vistas ya algunas de las perspectivas sobre las que se fundamentan los relatos de viaje, hagamos una pequeña síntesis de todo lo visto hasta el momento. Para empezar comprenderemos que hay una clara distinción entre la “literatura de viajes” y los “libros de viajes”, siendo los segundos, una suerte de subgénero dentro de la primera. Puede considerarse asimismo como un sistema aparte, pero lo que nos interesa recalcar es el hecho de que ambos sistemas operan con características distintas, procedimientos textuales y discursivos diversos, que no siempre coinciden y que muchas veces son antagónicos. Este antagonismo se da, básicamente en la oposición realidad/ficción y en las características de hibridismo que observamos en los libros de viajes. Junto con esto, la idea de utilidad y funcionalidad que presentan estos últimos es radicalmente distinta a la que presentan los libros que tienen como motivo el viaje, pero que operan desde otra óptica muy distinta. Los libros de viaje del siglo XVIII presentan un rigor de veracidad, de objetividad frente a la realidad que se presenta, cosa que no existe en la literatura de viajes. Junto con el hibridismo, los relatos de viaje se caracterizan por ser *friccionales* al incluir fenómenos de la realidad y elementos de la ficción.

El relato de viaje de La Condamine presenta muchas de las características que señalan estos autores. Se inserta dentro de los libros de viaje y comparte desde ahí los fundamentos y características del género, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO II. EL RELATO DE VIAJE COMO DOCUMENTO CIENTÍFICO: LA CONDAMINE

Antes de empezar: el relato de La Condamine

El texto de Carlos María de la Condamine se inscribe dentro de la tradición de los relatos de viaje científico que durante el siglo XVIII poseen una muy importante difusión¹¹. El texto narra el recorrido que el científico francés realiza de oeste a este a lo largo de todo el río Amazonas para volver finalmente a Francia. Existían, como el mismo autor señala, múltiples formas de regresar a Europa, pero él escogió el Amazonas, con el objeto de trazar un mapa más fidedigno con respecto a los cursos y afluentes que el gran río posee. Junto con esto deseaba trazar una descripción general de la fauna del lugar y de los paisajes que en el río se encontraban. La Condamine logra finalmente el anhelado regreso a Europa, luego de cerca de diez años de estar en el Nuevo Mundo.

El viaje que La Condamine realiza es una expedición geodésica, destinada a profundizar y definir de una vez por todas la superficie real de la tierra. Dos eran las hipótesis que al respecto se enfrentaban: la primera de origen inglés y la segunda francesa. La inglesa, con fuente en Newton, decía que la Tierra era un esferoide achatado en los polos, mientras que la hipótesis francesa cartesiana desmentía esto argumentando que la Tierra era una circunferencia perfecta. La comprobación de alguna de las dos teorías era el objeto principal de la expedición, que por cierto no fue la única. Otra expedición a cargo del físico francés Maupertuis se dirigía al norte para hacer las mediciones desde ahí. La expedición de La Condamine se dirigió al Ecuador, cerca de Quito. El relato omite este objeto y narra el viaje de regreso a Francia que realizó La Condamine. A pesar de esto el científico francés especifica en el mismo prólogo de su relato que se desea dirigir a un público versado en el lenguaje de la ciencia y que se ocupará menos en entretener que en enseñar.

El viaje no deja de estar lleno de vicisitudes y contratiempos. Como narra Mary Louise Pratt (1997), la empresa llevada a cabo por esta expedición tuvo tantas dificultades que no se intentó nuevamente sino hasta sesenta años después. Pratt analiza esta expedición de forma más detallada, y especifica las consecuencias que tuvo y los contextos en los que se desarrolló.

El relato se realiza en primera persona y es el mismo protagonista quien narra sus aventuras y quien intenta describir y entregar una información útil al lector. Esta expedición es la primera que se hace de su tipo e inaugura las expediciones interiores a los continentes, y no ya la ultramarina.

¹¹ Para profundizar más este punto y apreciar la cantidad de libros de viajes que se editan en el siglo XVIII como nunca se había hecho antes, véase: Juan Pimentel (2003). Específicamente el capítulo 6 que se titula "Los Libros del Mundo: Las colecciones de viaje como género de la Ilustración".

En la Introducción del presente estudio mencioné tres fundamentos sobre los que se erige mi hipótesis. En las siguientes secciones iré estudiándolos uno a uno más detalladamente.

La Condamine y el lenguaje: el acto de nombrar

El texto, al ser parte de un género científico, intenta abordar de manera objetiva una realidad ajena, distinta y muy diversa. Recuérdese que La Condamine se dirige a un público versado en el lenguaje de la ciencia, o por lo menos esa es su intención, por lo que la forma de expresarse en algunos pasajes es bastante técnica. Sin embargo, en la misma introducción que el autor hace antes de iniciar el relato de sus aventuras, señala, muy concientemente, que debe procurar un estadio intermedio entre la plena narración científica y un relato que posee digresiones capaces de entretener al público:

En una Relación semejante, donde debía atenderse menos a divertir que a enseñar, todo lo que no perteneciese a la Geografía, a la Astronomía o a la Física hubiera parecido una digresión que me alejara de mi objeto; pero tampoco era justo abusar de la paciencia de los más que componían el número de asistentes con una lista de nombres extraños de naciones y de ríos y con un diario de alturas del sol y de las estrellas, de latitudes y de longitudes, de medidas, de rutas, de distancias, de sondeos, de variaciones de la brújula, de experimentos con el barómetro, etc. Era, sin embargo, el fondo más rico y el que tenía mayor mérito en mi Relación; esto era, al menos, lo único que podía distinguirla de un viaje ordinario. He procurado escoger un término medio entre los dos extremos. (1018)

He citado el párrafo anterior para dar cuenta del problema al que nos enfrentamos con los relatos de viaje y que determinó la clasificación de este género como *híbrido*, y más específicamente como *friccional* por los estudiosos mencionados en el capítulo anterior. El mismo La Condamine es consciente del problema que suscita una lectura de un relato que sea sólo una descripción de hechos científicos sin apelar a un orden en la narración de éstos que están estructurados por un orden poético.

Esto es lo que señala Hayden White (2003) con respecto al texto histórico. White presenta efectivamente este orden poético como estructurador del discurso histórico. Aunque el historiador trabaja desde otra rama del saber, es pertinente para el análisis que estoy presentando aquí. En el texto de La Condamine se evidencia ese orden que escapa a un carácter científico y que apela más bien a una conciencia de escritura que centra su atención en la narración de lo que se está relatando. El científico francés es absolutamente consciente de que la escritura de su relato debe apelar a una dimensión que no sea única y exclusivamente científica, puesto que como señalaba Pierini, los lectores de novelas son los mismos lectores de libros de viaje. Es precisamente en estos relatos en donde se conjugan de manera evidente dos dimensiones que parecen antagónicas: la literaria y la científica.

El relato de viaje de La Condamine sigue un orden perfectamente identificable con los modelos de prácticamente todos los viajes: partida-tránsito-llegada. Es un viaje completo en sí mismo. Esta estructura del viaje influye de manera significativa en la estructura misma del relato: no pueden dividirse ni separarse, se relacionan mutuamente. La narración de La Condamine se edifica a partir de un recorrido que va enriqueciéndose en datos y

experiencias que el autor recoge a lo largo de todo su viaje por el río Amazonas. La narración no está exenta, como el mismo autor lo deseaba, de digresiones que escapan al valor informativo que el relato de viaje científico pretende tener.

En algunos pasajes del relato, La Condamine centra su atención en experiencias personales que en nada tienen que ver con su objetivo específico: retratar de manera más exacta el mapa del río Amazonas. Muchas de esas experiencias en nada aportan al conocimiento universal y son sólo parte de las peripecias que el autor-narrador debe pasar, como un buen libro de aventuras, para poder llegar al extremo oriental de la costa americana.

Asimismo, aún ocupando la descripción como método narrativo, los lugares que presenta no están exentos de un fuerte componente figurativo. Dicho componente no puede ser objetivo. White señala desde esta perspectiva que nuestra relación con los hechos (históricos) no puede ser sino emotiva, y que esos hechos son construidos en una narración:

Pero la historia es, según mi forma de ver, una construcción, más específicamente un producto del discurso y la discursivización. Sin duda, en nuestros tiempos, los historiadores desean ser objetivos, y contar la verdad, así como agudos en lo que tienen que decir acerca del pasado, lo que, en la práctica, normalmente significa ocultar sus propias actividades como compositores de esta condición de existencia llamada 'historia'. (43)

Más allá que apelar a la cuestión de que si el hecho narrado es cierto o no, White apela al problema de que toda narración de un hecho es incuestionablemente una construcción del discurso y no es el hecho mismo. Esto se puede igualmente decir del afán que poseen los relatos de viaje científicos del siglo XVIII y, en este caso específico, del texto de La Condamine.

De la misma forma que White señala lo anterior, podemos decir que el problema de la narración en los relatos de viaje científico no está dado por la realidad o ficcionalidad de lo contado, sino que por la forma en que el sujeto que narra se relaciona con lo que desea narrar y la herramienta que posee para hacerlo: el lenguaje. Es en él en donde se condensa la visión de mundo que ordena de alguna u otra forma la disposición, la digresión, las elipsis, las comparaciones, las amplificaciones, la *abrevatio* o la reiteración, por mencionar sólo algunos de los aspectos formales sobre los que todo relato, sea literario o científico, se erige.

Para argumentar lo anterior, en el texto de La Condamine existen diversos ejemplos. Hay comparaciones con Europa para poder colocar en la imaginación de los lectores lo que él vio por sus propios ojos: ““Estos ríos, reunidos, forman uno grande y muy rápido llamado Chinchipé, más ancho que el Sena en París” (1025). O cuando intenta explicar la forma de un río: “sus habitantes están muy lejos de creerse a orillas del Amazonas, del que seguramente ni una gota baña el pie de las murallas de su ciudad, como puede decirse, poco más o menos, que las aguas del Loire no llegan a París, aunque el Loire comunica con el Sena por el canal de Briare” (1047). Estas comparaciones son parte del pensamiento analógico señalado por Beatriz Colombi, quien argumenta que la comparación es el elemento sustancial que estructura los relatos de viaje, pues es la forma de acercar lo lejano.

La Condamine omite conscientemente muchas cosas que aún siendo del discurso científico, sabe que no tendrán una recepción mayor por parte del público. Estas omisiones, que el autor hace patente en algunos de los pasajes del relato, como cuando señala, por ejemplo, todo lo que no incluirá su relación: “No hablaré aquí de nuestras determinaciones astronómicas o geométricas de la latitud y de la longitud de muchos lugares; (...) sobre

la declinación y la inclinación de la aguja imantada (...)” (1020) y un largo etcétera, me permite afirmar que el objetivo científico se ve disminuido, no así eliminado, de la relación. Recuérdese que lo que intento hacer aquí no es desmentir el estatuto científico de los relatos de viaje. Éstos fueron durante el siglo XVIII la fuente de conocimiento que condensaba muchas de los ideales de la Ilustración: el valor de la experiencia por sobre el valor de lo leído, el ideal civilizador, la elaboración de los catálogos del conocimiento, la intención enciclopédica, etc. Pero lo que no se puede dejar de lado, y lo que intento explicitar aquí de manera incipiente, es que como toda manifestación cultural se encuentra relacionada al período en el que se desarrolla, los relatos de viaje científico operan en otros niveles que, vistos en perspectiva, determinan de una forma específica los objetivos sobre los cuales los relatos de viaje intentan sustentarse.

Hay un pasaje en el texto en el que se explicita de manera más tácita lo que estoy afirmando aquí. En el siguiente párrafo La Condamine narra sus impresiones de la provincia de Maynas. Este párrafo, como se verá, escapa a la objetividad científica. Si uno no supiera que está leyendo una relación de viaje realizado empíricamente por un científico, creería que está leyendo un párrafo de una novela:

Llegado a Borja me encontré en un nuevo mundo, alejado de todo comercio humano, sobre un mar de agua dulce, en medio de un laberinto de lagos, de riachuelos y de canales que invaden en todos sentidos un bosque inmenso, que sería sin ellos inaccesible. Encontré plantas nuevas, animales nuevos, hombres nuevos. Mis ojos, acostumbrados durante siete años a ver montañas tan altas que se pierden entre las nubes, no podían dejar de mirar el contorno del horizonte, cuyo único obstáculo eran las colinas del Pongo, que muy pronto iban a desaparecer de mi vista. A este montón de cosas variadas que caracterizan las cultivadas campiñas de las cercanías de Quito sucedió el aspecto más uniforme: agua, verdor y nada más.” (1029)

Esto, si se aprecia con claridad, es prácticamente una narración literaria acerca de un lugar. No se adscribe a una descripción topográfica exhaustiva desde ninguna perspectiva. Esta dimensión literaria presente en los relatos de viaje es de vital importancia a la hora de comprender la dimensión colonial de los mismos. Es gracias a esa digresión que el autor puede darse ciertas licencias para legitimar por medio de apreciaciones personales la presencia europea en el Nuevo Mundo.

Me parece relevante dar cuenta de esta suerte de ejemplos en que nos encontramos con la subjetividad del autor y con sus apreciaciones valorativas. Esto se encuentra presente en varias partes del texto. La Condamine como representante de una academia de ciencias cuyo viaje es con un claro objeto científico, presenta, como se ha visto, una serie de cuestiones que desmienten los pilares sobre los que los mismos relatos de viaje se pretenden estructurar.

Ahora bien, el problema que se plantea aquí es de naturaleza discursiva. No es una cuestión acerca de que los relatos de viaje científico presentan o no dimensiones que escapan a lo estrictamente testimonial u objetivo, sino más bien al revés. Es señalar que los mismos relatos son incapaces de estructurarse de otra forma que no sea narrativa, y por ende poética, puesto que en toda construcción discursiva, cualquiera sea ésta, subyace un componente poético.

Dicho componente es lo que señala White que no se puede desmentir en la práctica histórica. Toda narración de hechos implica necesariamente un ordenamiento que no tienen que ver sino con una selección de los mismos. No es el hecho lo que se está leyendo,

así como no es el viaje de La Condamine lo que estamos analizando: es el relato, es su construcción narrativa. Juan Pimentel (2003) clarifica este aspecto al referir lo siguiente:

Con todas las salvedades que se quiera, en todo proceso de circulación del conocimiento siempre hay una testificación delegada, una transformación desde el hecho a su visualización y desde ésta a su relato y su posterior recepción por los consumidores últimos de dicho relato, de dicha experiencia. (246)

Se tocan aquí varias aristas importantes que son las que venimos discutiendo. En primer lugar, es necesario atender a la idea de “circulación de conocimiento” como uno de los objetivos claros de los relatos de viaje del siglo XVIII. Se deseaba que todo el mundo pudiese acceder a la fuente misma, al relato del que estuvo ahí para vivirlo y poder contarlo. El gran público deseaba conocer todos los detalles del viaje, cada cosa que se descubría y los relatos de viaje como fenómeno editorial de la época se erigen como los libros más leídos. El público no sólo buscaba que el relato le entretuviese, sino que también tuviese un conocimiento útil. Ambas concepciones del relato se entremezclan en los libros de viaje que poseían esta doble dirección, señalada tanto por Luis Alburquerque como por Juan Villar, de informar utilitariamente y de entretener (por medio de la función poética). Esta utilidad que debían poseer los relatos de viaje, como se verá más adelante, reafirma el orden colonial presente en ellos.

Luego tenemos el paso del “hecho a su visualización”. Vivida la experiencia, de alguna u otra forma debemos ordenarla, ponerla en nuestra mente, mostrarla cronológicamente. Este acto de visualización de la experiencia es un acto retórico en sí mismo, es un acto figurativo que White identifica de manera esclarecedora. Toda ordenación implica una selección, y dicha selección está dada por una mente con juicio valorativo. Este es un acto figurativo por sí mismo. La retórica se encuentra presente en esta etapa.

De la visualización se pasa posteriormente al relato. La parte en que se concretiza y se ordena de manera acabada todo el imaginario. Es aquí, en el relato, en que el lenguaje entra en juego, y con él, todo el peso cultural del escritor-narrador-viajero. La palabra que ocupa La Condamine para referirse a los indios como “salvajes” está ya cargada de significado. El mismo acto de nombrar es un acto de lenguaje impositivo¹², la misma proyección mítica del imaginario europeo con respecto al Dorado, a las Amazonas o a los antropófagos, todos estos mitos mencionados de alguna u otra forma en el texto del científico francés, son parte del imaginario que el viajero trae consigo. Alburquerque es revelador en este sentido puesto que señala la bidireccionalidad que presentan los relatos de viaje, en la medida en que ilustran acerca de la cultura visitada, pero al mismo tiempo dan cuenta del bagaje cultural que el viajero trae consigo. Todo lo que tiene que ver con el lenguaje debe ser mirado siempre con una doble perspectiva, con desconfianza. El orden colonial se instala y se transmite precisamente aquí: en el acto de nombrar. Tzvetan Todorov (1997) es esclarecedor en tal sentido: “el dar nombres equivale a una toma de posesión” (35).

La dimensión literaria a la que aludo como uno de los componentes que avalan el orden colonial es la base que le permite al escritor-viajero una mayor posibilidad de salirse de los terrenos específicos de la ciencia. Pratt señala en este sentido que los objetivos de la conquista con los objetivos de la ciencia se intentaron siempre de ver por separado: “Por una parte, las ideologías dominantes establecían una clara distinción entre la (interesada) búsqueda de riquezas y la (desinteresada) búsqueda de conocimiento” (43). Los libros de

¹² Con respecto al acto de nombrar como acto colonizador, véase: Tzvetan Todorov (1997). Se señala aquí el afán que Colón tuvo de nombrar todas las cosas que descubría. El acto de nombrar como imposición es señalado igualmente por Mary Louise Pratt en el estudio ya citado.

viaje científicos no pueden dejar de lado su adscripción al poder, cuyos deseos de riqueza y de expansión era difícil de ocultar¹³.

Ahora bien, hay un último punto que no hemos tocado y que tiene relación con la razón por la cual este género (científico) debe necesariamente incorporar elementos que no son propios del mismo. Pimentel ya se refiere a este problema que es en definitiva la adecuación de un discurso a un fenómeno bastante particular del siglo XVIII. Lo que sucede en este siglo es que los lectores de los relatos de viaje son los mismos lectores de las novelas. En ningún siglo, como se hizo en el setecientos, se logra conjugar de manera tan manifiesta el discurso literario y el científico en un solo género. Esto es, desde mi perspectiva, un fenómeno que se adscribe a una forma determinada de concebir la cultura, de concebir el conocimiento, y una forma específica de incorporarlo: el conocimiento no está en los libros de los antiguos, sino en el libro de la Naturaleza. Es en el terreno en donde se produce el conocimiento, en donde está.

La masificación del conocimiento, la importancia de la educación, hacen de los relatos de viaje, el género ideal para que este proyecto se lleve a cabo. Debido a esta conjugación de ciencia y literatura, los relatos de viaje, como se vio en el capítulo anterior, se caracterizan por ser “friccionales”. Recuérdese que hasta antes del siglo XVIII, en su gran mayoría, los relatos de viaje no poseían una fama de credibilidad sustentable¹⁴. El cambio cultural que se produce con respecto a la apreciación de los libros de viaje es propio del siglo. Si bien a partir del siglo XVI se comienza a dar un estatuto distinto a estos viajeros mentirosos¹⁵, en el siglo XVIII es donde esta impronta del viajero científico madura y comienza a ser utilitaria.

La extraña conjunción de ciencia y literatura es en gran parte un movimiento cultural en que los lectores juegan un rol importante. De esta unión Pimentel señala:

Desde la Ilustración sabemos que hay algo de irreductible en la oposición que viven ambos discursos, una fractura entendida a menudo como una disputa entre dos registros que pugnan por afirmar su hegemonía sobre la verdad de las cosas y de lo humano. (...). Los viajes y sus escrituras en el siglo XVIII ponen en juego la fruición entre estos dos mundos aparentemente inconmensurables. Lo hacen de múltiples formas. Y lo hacen no sólo porque la propia literatura de viajes es un género mestizo, un híbrido en el que se citan de antiguo los dos actos que impulsan el conocimiento y la representación de los hechos naturales y humanos, sino porque en realidad todo acto de conocimiento (toda enunciación o descripción) entraña o comporta (lleva consigo) un acto de representación y comunicación. En una palabra: porque leer el mundo no es otra cosa que escribirlo; descifrarlo siempre ha significado verbalizarlo. (17)

Lo que se está afirmando aquí, en otras palabras, es que para “leer” el gran libro de la Naturaleza, para desentrañar sus secretos y descubrir sus verdades, se requiere un acto de representación verbal, un acto que conlleve necesariamente una recreación del mundo, una puesta en escena que es siempre un acto de reescritura. Este acto es siempre un acto de apropiación.

¹³ Recuérdese simplemente la relación estrecha que mencioné anteriormente, entre las academias científicas y el poder. Cfr. pp. 14-15.

¹⁴ Véase Juan Pimentel (2003). Capítulo I: Impostores y Testigos: Verosimilitud y Relaciones de Viaje.

¹⁵ Llamados así por Pimentel.

El texto de La Condamine se inicia con una lista de todos los descubridores que hicieron incursiones al interior del río de las Amazonas. Menciona el origen del nombre y el descubridor que lo bautizó, junto con todos los viajes que hasta la fecha se habían llevado a cabo. Menciona asimismo los estudios que se realizaron para conocer el gran río. Con la mención de los conquistadores en el relato¹⁶, nos instalamos en una narración que se ubica desde el comienzo en una perspectiva que podemos llamar, incipientemente, imperial o colonial. La Condamine considera necesario hacer tal catastro de expedicionarios para hacer comprender la dimensión de su propia hazaña y de sus propias explicaciones con respecto al río. Al mencionarlos, en cierta medida, valida las exploraciones y las posiciones de los que, antes que él, realizaron la hazaña. Esta forma “indirecta” de validar el orden colonial por medio del acto de nombrar es, como se verá, parte integrante del relato del científico francés. El mito juega un papel importante en este acto.

Desde esta primera parte, La Condamine introduce el mito. Entre los conquistadores que nombra y que realizaron expediciones antes que él se encuentra Orellana, quien tras haber visto en su descenso por el río a algunas mujeres armadas, llegó a nombrarlo como “río de las Amazonas”, refiriéndose por supuesto al legendario mito de las mujeres guerreras. El río se llamaba Marañón, o por lo menos así lo nombraban los españoles desde principios del siglo XVI. Dicho nombre se originó, según explica el mismo La Condamine, por el de un capitán español.

Es importante darse cuenta de la actividad de nombrar. El nombrar es una forma de colonizar, en la medida en que por medio del nombre se instaura un imaginario que no es propio del lugar precisamente en ese mismo lugar. El hecho de llamar río de las Amazonas a un río americano, es claro reflejo del traslado de un imaginario, en este caso europeo, sobre un continente “otro”. No es La Condamine quien bautiza, ni es su actitud la de un conquistador, por supuesto que no. De lo que intento dar cuenta es el hecho de que La Condamine valida el orden colonial, no que lo impone, puesto que no es un conquistador, sino que un científico. Lo reafirma por medio de su lenguaje, por el acto de nombrar, por la manera en que mira, por la forma en que caracteriza y las descripciones que expone de un continente que choca con la realidad europea desde todas las perspectivas.

Desde el mismo hecho de comenzar a nombrar a todos los exploradores que han surcado las aguas del Amazonas y que nombraron o conquistaron a los habitantes de las riberas (de los cuales en la fecha de la expedición, muy pocos no estaban sometidos al conquistador foráneo, según cuenta el mismo La Condamine), es que se comienza a validar, solapadamente en un primer momento, la incursión europea en el Nuevo Mundo.

La visión del indígena

El texto del científico presenta una clara división entre los salvajes versus los civilizados. Muchos de los pasajes dan cuenta de esta clara oposición entre aquellos que portan las luces de la civilización y aquellos que están a merced de la Naturaleza. Esta es una de las oposiciones básicas muy presentes en el siglo XVIII y que en el relato de La Condamine no pasa inadvertida¹⁷. Los pasajes en los que da cuenta de los indios son siempre para

¹⁶ Véase la página 1020 de la *Relación*.

¹⁷ Para profundizar con respecto a esta oposición, véase: Ferrone, Vincenzo y Daniel Roche. *Diccionario Histórico de la Ilustración*. Madrid : Alianza Editorial, c1998. Específicamente el concepto: civilización.

tratarlos despectivamente en relación al orden civilizador. Él mismo alaba uno de los emplazamientos de las misiones que se encuentran a lo largo de todo el río. Contrastemos ese encomio con la opinión general que La Condamine presenta de los indios

***Pero los indios de las Misiones y los salvajes que gozan de libertad son, por lo menos, tan pobres de ingenio, por no decir tan estúpidos, como los otros; no puede verse sin avergonzarse cómo el hombre abandonado a la simple Naturaleza, privado de educación y de sociedad, difiere poco de la bestia. (1030)
El 19 llegamos a La Laguna, donde me esperaba hacia seis semanas don Pedro Maldonado, gobernador de la provincia de Esmeralda, a quien públicamente rindo el homenaje que se merece, así como a sus dos hermanos y a todos sus familiares, de quienes ha recibido excelentes servicios, en todas las ocasiones, nuestra Comisión académica durante su larga estancia en la provincia de Quito. (1031)***

La primera cita es casi un tratado resumido con respecto a las aspiraciones culturales de la Ilustración. La educación como sustentadora de la civilización y el progreso es parte integrante del ideal europeo. El hombre abandonado a la Naturaleza, incapaz de poseer valores mayores, fruto de una educación esmerada, es recurrente en la visión ilustrada. El mismo La Condamine señala que los indios no tienen palabras para designar ciertas ideas como “tiempo” o “ser”:

Todas las lenguas de la América Meridional de las que tengo alguna noción son muy pobres; muchas son enérgicas y susceptibles de elegancia, singularmente la antigua lengua del Perú; pero a todas les faltan vocablos para expresar las ideas abstractas y universales, prueba evidente del poco progreso realizado por el espíritu de estos pueblos. Tiempo, duración, espacio, ser, sustancia, materia, cuerpo, todas estas palabras y muchas más no tienen equivalentes en sus lenguas” (1030)

Esto marca la superioridad del hombre europeo sobre el salvaje o incivilizado. Marca también la diferencia cultural entre uno y otro.

La visión que presenta del indio contrasta durante todo el relato con la visión que presenta de los europeos que se encuentran presentes en América. Como se aprecia incipientemente en los párrafos citados (y no es el único) La Condamine alaba el buen trato que recibe de las misiones a las que llega. En una oportunidad dice que no estaba seguro de encontrarse de regreso en Europa o si seguía en América. Esta distinción es clave a la hora de identificar la *Breve Relación* como un texto que legitima el orden colonial. La Condamine no lo dice explícitamente, pero es claro que el valor positivo que le da a la incursión de la “civilización” en el mundo “salvaje” de los indios amazónicos no se puede desmentir.

Este valor positivo de la civilización por sobre la mera “mano de la naturaleza” a la que los hombres de América están sometidos, no es en verdad el verdadero problema del que estoy dando cuenta aquí. Entonces ¿cuál es el problema detrás de esto? El primero que se identifica a simple vista es que el texto científico, cuyo objetivo era retratar un mapa más fidedigno con respecto al curso del Amazonas y hacer observaciones y experimentos del mismo, escapa a dicho objetivo para convertirse, por medio de la digresión, en un texto que es agente de colonialismo. Se viaja no sólo para conocer, descubrir y registrar enciclopédicamente las tortugas, los peces, las bestias o los pájaros, sino que se viaja también para dar cuenta de que el proyecto ilustrado de civilización que pretendía hacer del conocimiento un valor universal asequible a todos, es un proyecto válido en la medida en

que el hombre en su estado natural presenta características despreciables a los ojos de los europeos civilizados. Sin ese valor positivo que La Condamine le otorga a la civilización, y que, por ende, presenta un desprecio hacia los nativos, el ideal civilizador de la Ilustración no podría sustentarse. Aquí se inserta la llamada “Polémica del Nuevo Mundo”. Dicha polémica la señalo más adelante.

Las misiones juegan, en este sentido, un rol muy importante a lo largo de todo el relato. Es en ellas en donde La Condamine se detiene para descansar y reabastecerse. Es en ellas igualmente en donde alaba el orden de la civilización y da cuenta de una mirada peyorativa a un orden que no encaja con los buenos gustos de un hombre civilizado. Es en las misiones en donde más se aprecia este ideal de evangelización, de educación de los salvajes. Son las puertas por donde los ideales ilustrados entran al nuevo continente. Recuérdese que la expulsión de los jesuitas aún no se había llevado a cabo¹⁸, por lo que el emplazamiento religioso concretizado en las misiones se encuentra muy presente en el continente americano:

Las tribus salvajes que viven cerca de las márgenes del Napo no han sido nunca enteramente sojuzgadas por los españoles. Algunas de ellas, en diferentes épocas, han asesinado a los gobernadores y misioneros que intentaron reducirlas. Hace quince o veinte años que los padres jesuitas de Quito han renovado algunos establecimientos y creado en las riberas de este río nuevas Misiones, hoy muy florecientes. (1035)

Las misiones asentadas en las riberas del río operan como una suerte de estaciones o de oasis, que contrastan significativamente con la realidad salvaje y peligrosa que se encuentra entre ellas y que La Condamine recorre por vía fluvial o a veces a pie. Dicho contraste es significativo a la hora de referirnos al relato del científico como una narración que avala un orden colonial. Las misiones juegan un rol importantísimo, como en el mismo texto se detalla, con respecto al apaciguamiento y educación de los salvajes indios. Estos emplazamientos ideológicos juegan un rol como agentes de civilización.

Ninguna de las misiones en la que La Condamine hace una parada, son vistas o relatadas con desprecio. Esto es revelador en muchos sentidos. Al ser las misiones reductos en que la civilización y todo su orden se asientan, el científico francés no puede sino aceptarlas como “normales”, como parte integrante de su propia matriz cultural. Pero cuando La Condamine se enfrenta a los ríos, a lo extraño, específicamente a los habitantes originarios de la zona, no puede sino mirar desde su propio punto de vista. Éste no puede dejar de ser despreciativo, porque de otra forma, si es que La Condamine llega a aceptar lo otro como semejante, se derrumban los ideales de civilización que él mismo sustenta.

No puede narrar de otra forma que no sea desde las alturas de un hombre que trae las luces y que posee el saber. El conocimiento como ideal ilustrado se valida únicamente por el contacto que tiene con el otro: validar al contrario, es invalidarse a sí mismo, en la medida en que si acepta al otro, si se acepta su forma de vida que es exactamente lo contrario de lo que los ilustrados deseaban como civilización y como progreso, estoy necesariamente contradiciendo los valores sobre los que erijo todo aquello que considero valioso. Como hombre de ciencias, de conocimiento, La Condamine no pudo hacer esto.

Ahora bien, la descripción que hace el autor con respecto a los aborígenes escapa al estatuto científico que pretendía el relato de viajes. Es claramente un juicio valorativo, pues

¹⁸ De los territorios portugueses se realiza en 1759; de los territorios españoles en 1767. De Francia la expulsión se realiza en 1762.

da cuenta de apreciaciones personales y subjetivas que nada tienen de un observador y de un anotador sólo de hechos. Baste citar lo siguiente:

Tiene por base la insensibilidad. Dejo a vuestra elección si debe honrársela con el nombre de apatía o envilecerla con el de estupidez. Nace, sin duda, del corto número de sus ideas, que no se extienden más allá de sus deseos. Glotones hasta la voracidad, cuando tienen con que satisfacerla; sobrios, si la necesidad los obliga, hasta carecer de todo, sin parecer desear nada; pusilánimes y poltrones con exceso, si la embriaguez no los transporta; enemigos del trabajo; indiferentes a todo estímulo de gloria, de honor o de reconocimiento; preocupados únicamente del presente y siempre supeditados a él, sin inquietud por el provenir; incapaces de previsión y de reflexión; entregándose, cuando nada los atemoriza, a una alegría pueril, que manifiestan con saltos y carcajadas inmoderadas, sin objeto y sin designio, pasan su vida sin pensar y envejecen sin salir de la infancia, de la que conservan todos los defectos. (1029-1030)

Es decir, la antítesis del hombre ilustrado que ya ha pasado la “mayoría de edad” y que ocupa la reflexión como principal arma de crítica y de acceso a la verdad¹⁹. Como se aprecia, la observación científica queda reducida a nada frente a una caracterización absolutamente emotiva (y despreciativa) del indio americano.

He citado el largo párrafo anterior porque me parece que encierra las ideas de muchas otras descripciones que La Condamine hace de los americanos salvajes. Margarita Pierini (1994) trabaja en cierta medida esta idea de la mirada del conquistador sobre las nuevas tierras. Afirma que la mirada del viajero no puede ser sino una mirada “desde arriba”, puesto que a él pertenecen el saber y los conocimientos. La autora especifica que el viajero del siglo XVIII no presenta, sin embargo, estas características, puesto que la razón o motivo principal por el cual se viaja es el conocer y no cuestionar la nueva realidad. Baste mirar sólo los ejemplos citados para que el lector se dé cuenta que lo planteado en esta tesina es exactamente lo contrario.

El comercio

Por último, es necesario señalar que el orden colonial se sustenta a través del comercio, que no está ajeno a los relatos de viaje científico. Pero ¿de qué forma se relacionan el comercio y los libros de viaje? De una forma muy simple. Todos los conocimientos que acerca de la naturaleza recogían los expedicionarios en sus exploraciones, conllevaba al mismo tiempo una valoración comercial. La enumeración de plantas y animales, con la descripción de los lugares, como la condición de los habitantes, permitía configurar un mapa bastante esclarecedor con respecto a las actividades comerciales que podían realizarse en el Nuevo Mundo.

La Condamine no está tampoco exento de esto. En algunos pasajes de su relato hace alusiones al caucho, por ejemplo, y a su utilidad, sacado de las orillas del Marañón: “La resina llamada *caucho* en los países de la provincia de Quito próximos al mar es también muy común en las orillas del Marañón y tiene las mismas aplicaciones” (1034). También

¹⁹ Estas ideas del hombre ilustrado son principalmente extraídas del famoso artículo de Kant titulado “¿Qué es la Ilustración?”.

da cuenta de algunas plantas medicinales que pueden ser buenas medicinas (y por ende, “buen negocio”).

A través de la valoración de los recursos se da su utilidad comercial. Enriqueta de Busquets y Raquel Nieman (2002) señalan al respecto: “A través del análisis sobre los recursos, fauna, flora, población, minerales, etc, se observarán las nuevas perspectivas para abrir camino a una explotación sistemática y utilitaria, registrando las condiciones materiales de los intercambios y evaluando las variaciones de la producción” (7).

La Condamine introduce casi al final de su relato una descripción detallada de las especies que habitaban América. Menciona tortugas, peces, tucanes, papagayos, aves en general, insectos como el gusano, reptiles, cuadrúpedos, etc. Todo esto está inscrito dentro de la descripción objetiva de la realidad, dejando de lado, durante toda su enumeración, el relato de sus propias aventuras. Es interesante observar aquí la llamada “polémica del Nuevo Mundo” que dice relación con la visión que Europa tiene de América. Federico Arregui (1994) da cuenta de los diversos discursos que Europa había construido sobre América. Dichos discursos daban cuenta principalmente de una mirada que encerraba la superioridad del Viejo Mundo frente al Nuevo, por medio de argumentos que tenían que ver más con juicios de valor que con verdades incuestionables. Buffón, por ejemplo, argumentaba, entre otras cosas, que las especies americanas eran claramente inferiores a las presentes en Europa. Una de las razones que sostenía para declarar esto era el tamaño de unas y de otras. Las especies americanas estaban en franca desventaja con respecto a esto: no habían elefantes ni leones feroces²⁰.

Por supuesto que, como Mary Louise Pratt señala y como el mismo Arregui indica, existía también una visión más positiva del continente americano. No es nuestro tema abarcar esta polémica que posee diversas teorías que se confrontan mutuamente. Pero la menciono porque esto posee una clara relación con el continente americano y su valoración, no sólo cultural, sino también comercial.

Pratt señala al respecto: “los intereses de la ciencia y los del comercio eran mantenidos cuidadosamente separados. (...), se entendía que el comercio estaba reñido con el desinterés de la ciencia. Y por la otra, ambos creían que reflejaban y legitimaban las aspiraciones del otro” (69). Los relatos de viaje científicos poseen nuevamente esta doble intención. De hecho Pratt menciona que viajes científicos como el de Cook, tenía “órdenes secretas de buscar oportunidades comerciales y descubrir amenazas en ese campo” (69).

La relación estrecha entre interés comercial y relato de viaje, aunque sea científico, está presente en el relato de La Condamine. Puede que sea difícil separar el supuesto desinterés de la ciencia por el progreso, y el deseo de desarrollo de las sociedades comerciales. Lo que si es cierto es que, más que el deseo de realizar comercio o no en las nuevas tierras, existe una mirada con respecto a ellas que evidencian una actitud colonial. Los mismos ilustrados que defendían la inferioridad del continente americano alegaban también contra la avaricia de los europeos. Raynal, estudiado por Arregui, es esclarecedor en tal sentido, al defender los territorios americanos y al declarar como una desdicha el descubrimiento de América. Pero ¿qué tiene de colonial el comercio? Una primera respuesta sería, nada: el intercambio de bienes con otros supone el beneficio mutuo. El problema es la forma en que se ejerce ese comercio y la mirada que se tiene con respecto al otro. De ahí que sea pertinente mencionar la polémica del Nuevo Mundo.

²⁰ Si se desea saber más con respecto a esta polémica, véase: Antonello Gerbi. *La Disputa del Nuevo Mundo: Historia de una Polémica 1750-1900*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1982.

Me parece que el siglo XVIII no escapa a la proyección de un imaginario sobre un continente, no escapa al juicio ni a las apreciaciones personales con respecto al nuevo continente. Esto puede ser así porque en cierta medida todo acto de conocimiento, toda búsqueda de una verdad, entraña en sí misma al sujeto que la busca, al sujeto que conoce. Dicho sujeto, dicho agente, no puede obviarse ni descartarse por el hecho de construir un discurso que supuestamente lo reduce a una posición objetiva en su relación con las cosas y con otros sujetos. Conocer es también comparar, en el sentido que puede conocerse sólo aquello que se encuentra en mi imaginario. Por esto Pierini señala que “la realidad americana no será mirada tal como es, sino como objeto de una búsqueda siempre decepcionante, porque no coincide con lo imaginado” (163). Antes de realizar cualquier viaje, hacemos otro en nuestro interior, imaginando, proyectando nuestros miedos, aspiraciones y creencias sobre las tierras desconocidas.

Y lo que se proyecta en cada época es distinto. El hombre de la Ilustración, el viajero, el científico proyecta la sublime idea de civilización, de desarrollo y de progreso, sin darse cuenta que todo ese imaginario puede derrumbarse cuando se enfrente, cara a cara, con un continente que, desde su perspectiva, está habitado por los hombres del pasado, por los orígenes de lo que ellos, los europeos, alguna vez fueron. Frente a este derrumbe los viajeros no pueden sino aferrarse aún más a sus propias convicciones y recreaciones, mirando lo visto y lo vivido desde una óptica que no encierra sino un monologismo del europeo consigo mismo. En realidad, el afán de los relatos científicos no es sino el sueño del hombre por llegar a comprender y dominar lo desconocido, por llegar a conquistar los territorios que no pueden sino imaginar, pero jamás conocer.

Puede que el relato de viaje científico del siglo XVIII haya fracasado en su intención de objetividad, porque fue incapaz de deshacerse de una mirada hacia un lugar que reflejaba otra cosa. El escrutinio fidedigno de la realidad no contemplaba la incapacidad de comprender. El relato de viaje científico amerita necesariamente otro nombre para clasificarlo o puede ser que precisamente mantengamos el nombre para recordarnos, aún hoy, que todo conocimiento es un pseudo-conocimiento, que toda verdad es siempre una pseudo-verdad.

CONCLUSIONES

Los relatos de viaje son un género difuso y de difícil delimitación. Esto se debe principalmente a dos razones. La primera de ellas es que en los relatos de viaje se encuentran otros discursos que se incorporan al género: mapas, itinerarios, cartas, dibujos, etc. Esto ha llevado a caracterizar al género como híbrido. La segunda razón es que el relato de viajes es muy próximo a otros tipos de narración que, si bien son parecidas, no pueden considerarse relatos de viaje propiamente tal. La principal distinción que se debe hacer aquí es la diferencia entre la literatura de viajes, en las que se encuentran muchas grandes obras de la literatura universal, como son la *Odisea*, la *Eneida*, el mismo *Quijote*, por nombrar sólo algunas, y los libros de viaje, que poseen características diferentes. Juan Villar lo identifica, según veíamos, como un subgénero dentro del sistema de la literatura de viajes. Ottmar Ette llama a esta conjunción de ficción y realidad, fricción.

El criterio que aquí he ocupado para referirme a los libros de viaje, es que narren acontecimientos reales. Ya veíamos que las aventuras de Marco Polo, por ejemplo, es una clara manifestación de los relatos de viaje que narran acontecimientos vividos por sus protagonistas, a diferencia de los relatos de ficción.

Los libros de viaje no son propios del siglo XVIII, pero adquieren en esta época las características exclusivas que la mentalidad de esos tiempos considera valiosas. El afán enciclopédico y el deseo de conocer inundan los relatos de viaje. Estos comienzan a poseer un estatuto científico como en ninguna otra época logran tener. Los viajeros que viajan son los descubridores científicos, los hombres que están interesados en recopilar información utilitaria con respecto al mundo. El desarrollo de la ciencia desde el siglo XVI comienza a erigirse con más fuerza, y ya en el siglo XVIII se puede decir que su progreso alcanza un estadio bien alto. La carrera científica como profesión válida, tenía que codearse con la teología como saber verdadero del mundo.

En este contexto se inserta el relato de Carlos María de la Condamine. Este científico francés encaja perfectamente con el viajero del siglo XVIII, que con ojos escrutadores descubre y describe toda la realidad que se le presenta. Esta es por lo menos la visión que de él se entrega y de la que él mismo habla.

En el análisis de la obra nos hemos encontrado con algunos problemas a la hora de referirnos al texto del científico francés, y en general a los relatos de viaje científico del siglo XVIII, como narraciones que sólo buscan el progreso de las ciencias. Se conjugan en los relatos otras dimensiones, cada una de las cuales fue analizada aquí, que avalan y sostienen una perspectiva dominadora sobre la nueva realidad. La tesis central de la que intenté dar cuenta en estas páginas, se refiere precisamente a que los textos científicos, uno de los cuales fue analizado aquí, presentan características que lo hacen operar como un relato de orden colonial.

Esto no tiene nada de nuevo. Que los relatos de viaje del siglo XVIII presentaban un saber utilitario no sólo al desarrollo de la ciencia, sino que también al progreso de los Estados y al servicio del poder, es algo que los críticos señalan bastante. Lo que aquí se ha propuesto son tres categorías que permiten dar cuenta de ese orden colonial.

La primera de ellas se refiere al uso del lenguaje. La Condamine intenta conocer la realidad que se le presenta. Una vez que la conoce intenta narrarla, es decir, hacer que su experiencia sea comunicable a otros. Esos sujetos a los que se dirige son los europeos, que no han viajado al Nuevo Mundo. Esta transmisión de conocimiento encierra un problema con respecto a la representación. ¿Cómo narro lo otro? Aquí entran en juego las figuras retóricas. El lenguaje que debe ocupar La Condamine debe tener necesariamente una dimensión literaria. La conjugación de ciencia y literatura es una de las características de los relatos de viaje. La comparación es una de las figuras que permiten acercar lo extraño a lo conocido.

El carácter tropológico del lenguaje encierra en sí mismo una imposibilidad de objetividad que pretendían los relatos científicos. Los actos de nombrar la nueva realidad, la forma en que se nombra, denotan un claro orden colonial que avala la incursión europea en el continente americano.

En segundo lugar, se presenta la visión del indígena. Este es visto como inferior, parecido a las bestias, e incapaz de valores superiores que, supuestamente, La Condamine y todo su orden, representan. Por medio de la visión del indígena se avala igualmente la intervención europea en el nuevo continente. El científico francés desprecia en más de una oportunidad a este salvaje, que culturalmente es inferior.

Y en tercer lugar, tanto los relatos de viaje científico en general, como el relato de La Condamine en particular, operan como agentes comerciales. Sus largos catálogos de especies tanto de plantas como de animales, son útiles no sólo para el saber enciclopédico, sino también para evaluar los mercados posibles por parte de los europeos.

Estos tres ejes han estructurado la presente tesina. Sobre ellos se erige la tesis fundamental. Baste decir solamente que todo el trabajo realizado hasta aquí es sólo el comienzo de un viaje hacia otros mares.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.: *Viajes y viajeros: viajes por América del Sur*. (Edición con estudios y notas de los textos de D'Orbigny, Wiener y La Condamine). Tomo III. Madrid, Aguilar, 1958.
- Albuquerque, Luis. "Los libros de viaje como género literario". *Diez Estudios sobre Literatura de Viajes*. Manuel Lucena Giraldo y Juan Pimentel, editores. Madrid, CSIC – Instituto de la Lengua Española, 2006: 67-87.
- Villar, Juan F. "Paraliteratura y libros de viajes". *Compás de Letras. Literatura de Viajes*. (Número dirigido por Ángela Ena Bordonade). Madrid, N°7, 1995: 15-32.
- Pimentel, Juan. *Testigos del Mundo: Ciencia, Literatura y Viajes en la Ilustración*. Madrid, Marcial Pons Ediciones de Historia, 2003.
- Pierini, Margarita. "La mirada y el discurso: la literatura de viajes". *América Latina: Palavra, Literatura e cultura*. Volumen 2. Ana Pizarro, coordinadora. São Paulo, Memorial; Campinas: UNICAMP, 1994: 161-183.
- Gasquet, Axel. "Bajo el Cielo Protector: Hacia una Sociología de la Literatura de Viajes". *Diez Estudios sobre Literatura de Viajes*. Manuel Lucena Giraldo y Juan Pimentel, editores. Madrid, CSIC – Instituto de la Lengua Española, 2006: 31-66.
- Bourguet, Marie Noëlle. "El Explorador". *El Hombre de la Ilustración*. Michel Vovelle y otros. Madrid: Alianza, c1995.
- Ferrone, Vincenzo. "El Científico". *El Hombre de la Ilustración*. Michel Vovelle y otros. Madrid: Alianza, c1995.
- Clément, Jean Pierre. *Las Instituciones Científicas y la Difusión de la Ciencia durante la Ilustración*. Madrid: Ediciones Akal S.A. 1993.
- Colombi Nicolai, Beatriz. "El Viaje y su relato". *Latinoamérica, Revista de estudios latinoamericanos* 043, 2006: 11-35.
- Ette, Ottmar. *Literatura de viaje de Humboldt a Baudrillard*. México, D.F.: UNAM, 2001.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos Imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- White, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona, Paidós: L.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2003.
- Todorov, Tzvetan. *La Conquista de América: el problema del otro*. México, D.F.: Siglo Veintiuno, 1997.
- Busquets, Enriqueta de y Raquel Nieman. "La carta material del mundo, representaciones en los viajeros científicos del siglo XVIII: La Condamine y La Perousse". [En línea]: <http://eh.net/XIIICongress/cd/papers/60deBusquetsNieman221.pdf>. Consulta: Diciembre 2007.
- Arregui, Federico Álvarez. "El Debate del Nuevo Mundo". *América Latina: Palavra, Literatura e cultura*. Volumen 2. Ana Pizarro, coordinadora. São Paulo, Memorial; Campinas: UNICAMP, 1994: 37-67.

Polo, Marco. *Los viajes de Marco Polo*. Santiago: Portada, 1984.

Mandeville, John. *Libro de las Maravillas del Mundo*. Madrid: [s.n], 1958.

Batuta, Ibn. *A través del Islam*. Madrid, (España) : Nacional, c1981